

HISTORIAS
INCREÍBLESDAVID
MATEO CANO

Semana Santa es la época del año en la que nos solemos reunir la familia al completo. Nos gusta compartir unos días juntos, es una tradición que llevamos tiempo realizando a pesar de que la familia crece constantemente y la logística cada vez nos resulta más complicada.

Este año concretamente el lugar de reunión fue Zahara de los Atunes, allí alquilamos una gran casa rural. En una de las cenas el marido de mi hermana nos contó una historia sorprendente que había vivido recientemente. Él tiene una empresa de multiaventura que organiza viajes y diferentes actividades, y tiene varios colaboradores dependiendo de la actividad que vaya a realizar. En esta ocasión tuvo que recurrir a un amigo que tenía una empresa de vuelos en globo. Llegados a un acuerdo con el cliente en los temas pecuniarios y en las fechas, puso manos a la obra. El evento consistía en un par de excursiones a pie, otras en moto de nieve, un descenso de barrancos a un glaciar de la zona, y por último un viaje en globo. Las actividades se llevarían a cabo en diferentes lugares de Svalbard, unas islas septentrionales pertenecientes a Noruega.

El trabajo, según nos comentó mi cuñado, fue duro, pero contaba con la ventaja de que años atrás había organizado un avistamiento de un eclipse solar por aquellos lares. En esta ocasión las actividades las había contratado un turista americano. La cosa transcurría con fluidez, ya que el cliente atesoraba una gran pericia tanto en el manejo de las motos de nieve como en la



HISTORIAS DE FAMILIA

escalada y en el descenso de barrancos. Llegado el penúltimo día de estancia iniciaron el vuelo en globo. Les sorprendió que el cliente subiera con un portátil, así como con diferentes aparatos electrónicos de los que mi cuñado desconocía no solo su funcionamiento, sino ni siquiera para qué valían. También acompañaban al turista americano un par de pequeños repetidores conectados en serie, un medidor de campo magnético y un variador de frecuencia.

Una vez que ascendieron a la altura pactada, el hombre exigió silencio y puso en funcionamiento su arsenal. Con el portátil se conectó a diferentes ubicaciones a la vez que activó sus aparatos por control remoto. De repente, por medio de ondas de radiofrecuencia, se generó un zumbido casi imperceptible pero continuo. Después de un tiempo de calibración y sincronización comenzó el espectáculo, porque eso es de lo que fueron testigos mi cuñado y su socio: el cielo se oscureció en cuestión de minutos mostrándose sobre él una serie de auroras boreales de diferentes colores; primero aparecieron moradas, después verdes, para por último tomar un tono rojizo, en esta ocasión a una altura con-

'CUENTO ESTA HISTORIA
SIN ENTRAR A VALORARSI ES CIERTA O NO,
EXAGERADA O NO'

siderable justo en el límite superior de la ionosfera, que es cuando en condiciones naturales los átomos de oxígeno generan fotones rojos, pero en este caso habían sido creados de forma artificial. Acabado este primer show, el cielo se abrió, desapareciendo como por arte de magia la oscuridad y mostrándose totalmente despejado. Fue tocar y ajustar un poco las radiofrecuencias en el portátil y comenzó a llover primero, después a nevar, a continuación a granizar y por último, para completar la función, después de un par de acoplamiento más, todos estos fenómenos desaparecieron volviendo a lucir un sol radiante que se mantuvo el resto del día.

Cuento esta historia sin entrar a valorar si es cierta o no, exagerada o no, simplemente la traslado según nos la narró mi cuñado el pasado Jueves Santo.

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.

DE LA VIDA DE
LAS MARIONETAS

► por IVÁN CERDÁN BERMÚDEZ

Isabel y Mario en Princeton
y en Villaverde

Estuve con Mario Vargas Llosa en tres ocasiones: dos por coincidencia y una a causa de un hecho más concreto y villaverdiano. La primera fue en el cine, en uno de esos extraños días en los que, para romper con la rutina, se decide acudir a ver una película. Allí estaba él, junto a su mujer, Patricia. A Mario le exigieron la documentación para demostrar su edad y poder beneficiarse del descuento en la entrada. Esto lo ilusionó mucho, pues le hacía sentir joven. La taquillera comentó que siempre le había caído mejor Gabo —Gabriel García Márquez— y, con osadía, le preguntó a la mujer de Mario qué tal besaba Gabo. Mario, divertido, le contestó que “el ojo de Gabo dio buena cuenta del beso”. Fue un momento que comenzó con humor y terminó siendo algo grotesco y tenso.

Al día siguiente nos encontramos en el teatro. Nos saludamos y tomamos asiento. En esa ocasión, Mario me recomendó la trilogía de Stieg Larsson y hablamos largo y tendido sobre Corín Tellado. No recuerdo el motivo exacto, pero la obra se retrasó una hora a causa de una pelea entre amantes durante el intermedio; se decía que se debía a un contagio de candidas entre algunos miembros del reparto. Esto se lo contaron a Mario, quien se rio mucho; y, al estar yo con él, pues me reí también, aunque nunca llegué a enterarme de quiénes eran los involucrados.

Nuestro tercer encuentro fue muy distinto. Quizá todo empezó con una conversación con FRL, a quien recomendé



efusivamente la lectura de la novela *Una lectora nada común* de Alan Bennet; en ella, la reina de Inglaterra aparecía como una lectora compulsiva. Creo que, al preparar una clase sobre dicha novela, surgió la noticia del romance entre Isabel Preysler y Mario. Aquello se convirtió en un escándalo rosa: algunos se preguntaban quién era “el viejo” con el que se había liado Preysler, mientras otros decían: “¿no es la de Julio Iglesias y Boyer?”. A esto se sumaban declaraciones en las que Mario insinuaba que si contaba algo del maravilloso mundo íntimo que le ofrecía Isabel —algo que él jamás había imaginado— se quedaría sin probarlo más.

Ante tal despliegue de declaraciones, gestos y demás, me encontré con un libro titulado *Conversaciones en Princeton*, y en ese momento mi mente se abrió: ¿por qué no escribir una obra sobre Isabel y Mario en Princeton? ¿Cómo es la relación entre dos personas tan aparentemente distintas? La “reina de la noche”, el Nobel en la intimidad. Me documenté ampliamente y se hablaba de que existía evidencia de un romance anterior entre la ex de Boyer y el Nobel. Constaté, además, que Mario había tenido varias relaciones con familiares: tía, primas —Conviene destacar el libro de

contestación a *La tía Julia y el escribidor*, publicado por la propia Julia Urquidí con el título *Lo que Varguitas no dijo* (1983)—, lo que, para mí, lo convertía en un personaje muy curioso.

Ideé, entonces, a una Preysler muy distinta a la imagen que predomina en el imaginario popular y, bueno, me arriesgué a hacerle llegar a Mario un adelanto de los tres actos que llevaba escritos. Un amigo, allegado de Mario, consiguió que quedásemos. La cita tuvo lugar, evidentemente, en Villaverde. Él solicitó un lugar apartado, y nos fuimos a pasear por el parque. Yo pensé que quizá venía acompañado de dos matones, pero no fue así; al principio se mostró serio. Me alabó por mi valentía, me comentó que le había divertido mucho cómo había descrito a Isabel como una mujer culta, aunque aclaró que en su nueva novela no tenía tanta trascendencia, a pesar de que le agradaba leer lo que él escribía, preferiblemente en la intimidad.

Además, me pidió que eliminase referencias suyas a relaciones con otros familiares, pues aunque comprendía el texto, había algo inexcusable: no podía dejar pasar la mención del enamoramiento furtivo que tuvo con Aitana Sánchez Gijón. Le comenté que se trataba de literatura, aunque era verdad que había exigido que protagonizase una de sus obras y había compartido escenario con ella. Su respuesta, *La verdad de las mentiras*, me hizo gracia, una autocita muy seria. Quiso saber quién me había contado lo de Aitana; le respondí que las fuentes no se revelan, a lo que sentenció: “Si la obra sale adelante, solo no emprenderé acciones si Isabel es interpretada por Aitana. Isabel aún se ve con esa juventud en su espejo”. Asentí, tomamos un zumo en el Mesón La Gamba, compré unos chorizos sin grasa en la tienda de Sheila y unos mangos en la frutería de Raúl. Finalmente no terminé el texto, quizá ahora sea el momento.

la vis cómica

